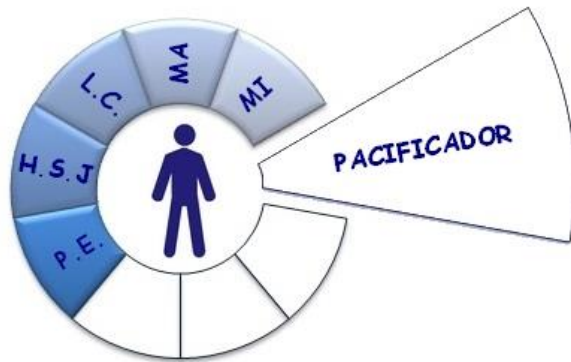




7° SEMANA (Mateo 5: 9)



PACIFICADOR

DEFINICIÓN: Aquél que demuestra amor y anda en paz consigo mismo, con el prójimo y con Dios.

6° PRINCIPIO: COMUNIÓN

Hebreos 12:4

Buscad la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.

Parte de la voluntad de Dios para nuestras vidas es que andemos en paz y esa paz debe ser con todos con quienes nos relacionamos.

Cuando arreglamos cuentas con el Señor respecto a nuestros pecados, confesando y recibiendo el perdón de Dios, estamos haciendo pacto de paz con Dios. Una conciencia en paz es una conciencia que anda en santidad. Por eso la paz y la santidad van de la mano, tal como lo indica el versículo.

Nuestra comunión con Dios se fortalecerá en la medida que andemos en paz con él, a través de la búsqueda de la santidad (tal como vimos en lecciones anteriores, teniendo una nueva visión respecto al pecado), y con el prójimo, manteniendo nuestras relaciones restauradas y sanas.

La semana anterior vimos el principio del perdón, que es el camino que Dios nos ofrece para la restauración de las relaciones rotas, y para estar también en paz con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos, ya que la amargura, no sólo nos estorba a nosotros, sino que afecta nuestra comunión con las personas y con Dios.

Parte del plan de Dios para nosotros es la comunión.

Estar en comunión con los hermanos es mucho más que solamente convivir. La iglesia primitiva nos dio ejemplo de cómo debería ser nuestra convivencia como hermanos en la fe.

Hechos 2:42

Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones.

Esto es lo que una iglesia sana debe hacer. Aparte de las oraciones y del conocimiento profundo de la Palabra, lo más importante es permanecer en la comunión unos con otros. Aquí, la palabra clave es ‘koinonía’.

La palabra koinonía aparece diecisiete veces en el Nuevo Testamento y es la palabra griega para comunión y se refiere a la comunidad, al lugar de uno en un grupo, a esa identidad de pertenecer a algo que es al mismo tiempo cercano y al mismo tiempo tan grande que abarca el mundo entero.

Tener comunión es tener algo en común. Hay algo que nos une y nos mantiene caminando juntos esta jornada. Un lazo que nos mantiene conectados. Ese lazo es la fe común en Cristo Jesús, en su sacrificio, en Dios Padre y en el Espíritu Santo. Cuando nos reunimos en torno a esta fe común, tenemos comunión.

Tal como lo expresó el apóstol Pablo de forma tan clara en **Efesios 4: 1-6**
...Os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos.

Debemos guardar la unidad del Espíritu porque tenemos un vínculo de paz, una esperanza que nos hace caminar unidos en una misma meta.

Esta comunión de la que habla la Palabra se logra con presencia física, con participación con constancia, pues como insiste el propio texto de Hechos que leímos, los discípulos “perseveraban”, es decir “se mantenían constantes”, es decir, no se ausentaban con demasiada frecuencia.

El **Salmo 133** nos describe las bendiciones de tener comunión. Dice que es bueno y agradable habitar juntos en armonía. Habla de “vivir juntos”, porque habitar juntos es bueno, por la vida, la frescura y la productividad que produce. Como dice el verso 3 porque “allí envía Jehová bendición”.

La raíz verbal **yashab** que se traduce “habitar” es clave en el texto. Un “habitar” que es considerado “bueno” y “agradable”, precisamente por el hecho de estar “juntos”. Pero yashab está también relacionado con “cesar”, “parar”, “parar de trabajar”, “estar quietos”. Para que podamos disfrutar de esa comunión es necesario que hagamos un alto. Que nos detengamos para poder disfrutar de la comunión.

En el texto las comparaciones de la comunión son hechas con imágenes que parecen apuntar a cercanía, contacto, toque, presencia: como el “aceite de oliva... bajando sobre la cabeza”, o

el “rocío... que baja sobre el monte Sion” y éstas figuras nos llevan a imaginar contacto, pero un contacto que no es estático, sino que corre, que fluye. Esto es lo que el Señor tenía en mente cuando nos ordenó andar en comunión unos con otros.

La única manera de cumplir este propósito es ser parte de la comunidad cristiana en una iglesia local.

La iglesia es más que un lugar, es una instancia donde ocurre la koinonía. Un lugar donde podemos experimentar la comunión con otros hermanos en la fe. Por eso también es llamada la familia de la fe. Porque allí convivimos con otros hermanos con los cuales estamos unidos por un lazo de sangre, la sangre de Cristo.

En esta comunidad podemos servir a Dios, podemos crecer en la fe, podemos ser santificados, y podemos fortalecernos mutuamente.

Hebreos 10: 24-25 dice:

Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.

Este texto revela parte del propósito de la comunión en la iglesia.

La comunión con hermanos nos permitirá estimularnos al amor y a las buenas obras, a hacer lo que agrada al Señor. Pero para eso no podemos dejar de congregarnos.

Pero debemos perseverar en ello, ya que la tendencia del ser humano será desanimarse y apartarse de la comunión.

Éste, quizás, sea el gran problema a analizar.

Muchos creyentes que no comprenden el propósito de la comunión en la iglesia, ponen sus ojos en las personas y en poco tiempo se desaniman y desisten de la iglesia.

Pero la Palabra nos exhorta en **Hebreos 12** a mantenernos firmes en la fe.

Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar.

La clave para no desmayar en esta carrera que corremos es mantener los ojos puestos en Jesús, el autor y consumador de la fe. Tal como un corredor no debe mirar a nadie a su

alrededor para poder ganar la carrera, porque se arriesga a perder el equilibrio y caer, de la misma manera, no podemos mirar a nuestros compañeros corredores, ellos no son la meta.

La meta está al final de la corrida, la meta es Cristo.

El texto sigue hablando de la disciplina del Señor, que es parte del plan de Dios y también es parte del por qué Dios permite ciertas situaciones en la vida del creyente.

A veces tenemos expectativas equivocadas cuando llegamos a la Iglesia. No entendemos qué es una iglesia y pensamos que se trata de un club social, y creemos que nosotros somos los miembros de ese club, los clientes, sin embargo, la Palabra de Dios nos muestra que la iglesia es una comunidad de fe, donde debemos preservar la comunión con los hermanos.

Cada persona con la que tengamos que convivir en la comunidad eclesial será distinta. Habrá personas con distintas formas de ser, de pensar, con diferentes culturas, crianzas, con niveles distintos de crecimiento espiritual, algunos recién nacidos en la fe, otros más veteranos, pero todos conviviendo juntos con un mismo propósito.

Nuestros ojos deben permanecer en Jesús, porque Él es el único que no nos defraudará. Todas las personas, desde líderes hasta hermanos en la fe, podrán fallar en esta carrera, pero Jesús jamás fallara, por eso nuestra mirada debe estar fija en Él, pues Él es la meta, debemos agradecerle a El haciendo su voluntad.

Como aprendimos en clases anteriores, Dios usa todo para nuestro bien, incluso las tribulaciones y problemas.

En este caso, cuando surgen conflictos entre hermanos en la fe, debemos recordar que el Señor los permite porque tiene propósitos, entre ellos, el ayudarnos a la santificación.

Sí, muchas veces el Señor permitirá que convivamos con algunos hermanos que nos son 'molestos' o que nos provocan un cierto fastidio, o con los cuales podremos llegar a tener alguna desavenencia, para poder trabajar nuestro carácter.

Cristo desea que seamos transformados en nuestra forma de ser y muchas veces utilizará esas dificultades de convivencia en la iglesia para poder trabajar áreas de nuestro carácter que necesitan ser pulidas o desarrolladas.

Es en la comunión con los hermanos que aprendemos a ser más pacientes, más amorosos, que aprendemos a perdonar, a ser más mansos y más perseverantes. Todo el fruto del Espíritu (**Gálatas 5:22-23**) es la meta que el Señor tiene para forjar en nuestro carácter, y muchas veces utilizará nuestra convivencia con hermanos para poder producirlo.

¡No hay mejor escuela del carácter que la iglesia!

Allí podremos ser tratados por el Señor, aprenderemos a amar tal como dice la Palabra, con amor incondicional, a perdonar y a soportar.

Por eso no podemos perder de vista la importancia de vivir el principio de la comunión. Cuando buscamos la comunión hay guerra espiritual.

Como dice **2a Corintios 11:3**

Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo.

Satanás no desea que nos congreguemos, que andemos en comunión, porque sabe la potencia de que hermanos habiten juntos y en armonía, por eso mismo, hará de todo para separarte de la manada.

El enemigo utilizará miles de artimañas para que finalmente te decepciones de los hermanos en la fe y te apartes de la comunión.

Pero ¿qué sucede con una brasa que se aparta del brasero? Finalmente se enfría y se apaga. Parte del propósito de Dios al mantenernos en comunión con los hermanos es que juntos nos estimulemos a vivir la voluntad de Dios para nuestras vidas, a caminar en santidad y a crecer espiritualmente.

Es clave entonces mantenernos unidos, caminando junto a los hermanos, viviendo los procesos de crecimiento juntos, estimulándonos y animándonos a crecer y a caminar en el camino del Señor.

La comunión es un principio que debemos preservar. Es como un bien que se debe cuidar. Como dijimos al inicio, para ser pacificador, debemos buscar la paz. Esta a veces se intentará escapar, cuando tengamos crisis o conflictos, pero si entendemos la importancia vital que tiene la comunión en nuestras vidas, entonces nos esforzaremos por mantenernos en paz con todos.

Ya tenemos los principios para caminar en paz y ser pacificadores, ahora sólo debemos obedecerlos.

¿Entiendes el privilegio de la comunión?

¿Caminas en comunión con otros hermanos en la fe?

¿has llegado a experimentar lo bueno y agradable que es?

Es tiempo de analizar nuestra vida.

¿Qué es lo que más me cuesta soportar en otros?

¿Qué es lo que me aparta de la comunión?

¿Qué estrategias ha usado el enemigo para mantenerme alejado de la comunión?